

Filosofía religiosa

«CIELO Y TIERRA», POR JUAN REYNAUD

¡Cuántos, quizá, en el mundo, medio creyentes, medio escépticos, procuran conciliar las verdades que han aprendido con la tradición y no han olvidado! Se flota entre la religión y la filosofía; se quieren á la vez la obediencia y la dependencia; se es fiel á las ideas modernas; pero no se quiere romper con las antiguas y se desea involuntariamente que una mano dichosa, conciliando las dos potencias rivales, restablezca la paz en el espíritu del hombre; que la religión abandone las pretensiones antiguas y que la filosofía renuncie á las negociaciones temerarias; que las dos se reunan en una doctrina amable y verosímil; que los dos métodos se aproximen, y tomando cada uno al hombre de una mano le conduzcan como dos genios protectores hacia la verdad prometida, pues que él no quiere ni desatender á la una, ni abandonar á la otra y se adhiere á sus dos guías con igual amor. Además, algunos cristianos adelantan un paso

hacia la filosofía, y muchos filósofos adelantan seis hacia el Cristianismo. Entre todos los proyectos que hoy se ofrecen, el de M. Juan Reynaud nos parece uno de los más dignos de atención y de estima, porque expresa un pensamiento del espíritu público, y merece por esta razón, ser examinado detenidamente.

M. Juan Reynaud es un matemático, antiguo san-simoniano, que después de haber comenzado con M. Pedro Leroux una especie de enciclopedia, acaba de reunir y desenvolver sus opiniones filosóficas en un cuerpo regular de doctrinas. Su libro testifica de una instrucción abundante y de un gran deseo de saber; en él se respira un intenso y apacible amor hacia la humanidad, una firme confianza en el porvenir, un sentimiento de generosidad sincero. El autor tiene caridad, fe y esperanza; habita con el corazón en los astros que destina á la transmigración y perfeccionamiento de las almas; consuela á los hombres, hablándoles de la providencia de Dios y de la armonía de los mundos; pero evita caer en la sensiblería rebuscada y femenina; guarda la entonación de un filósofo y no llega á tomar la de un entusiasta; discute sin acritud y ataca sin odio. Si combate á sus adversarios, no es por destruirles, sino por atraérselos. El estilo del libro, por su movimiento unido y por su amplitud extrema, contiene la gravedad del pensamiento y la dignidad del asunto. Si bien allí se encuentran un reducido número de términos extranjeros y uno demasiado grande de inútiles exclamaciones, también se hallan páginas elocuentes, de las cuales Bernadino de Saint-Pierre no desaprobaba el acento emociona-

do é imponente. Es el autor uno de esos hombres de los cuales se alaban las intenciones y se quisiera alabar la doctrina, y que se le refuta, con pena de refutarle. Nosotros le hemos ensalzado en dos líneas y vamos á criticarle en quince páginas. Esto es porque su mérito es visible y su doctrina persuasiva. La brevedad de nuestras alabanzas, como la extensión de nuestras críticas, es una prueba de nuestra estimación y de su talento.

I

Dos cosas son dignas de observarse en el libro de M. Juan Reynaud, á saber: el fin, que es la conciliación de la filosofía y la religión, y el método, que es el hábito de afirmar sin prueba. Consideremos punto por punto el fin y el método y veamos en primer lugar si el fin que se propuso M. Reynaud es posible. El autor de *Cielo y Tierra* juzga que desde hace doscientos años, la astronomía, la guerra, la geología, la historia natural y la historia del hombre han transformado la idea que se tenía de la Naturaleza, y la idea así adquirida debe á su vez transformar hoy los dogmas cristianos. Pero al mismo tiempo juzga que las antiguas creencias contienen tanta verdad como los descubrimientos modernos; que la tradición y la autoridad tienen los mismos derechos á nuestra fe que el examen y la experiencia, y que lejos de arrojar la religión á tierra, es necesario hacer de ella la primera piedra del nuevo edificio. Comprimido entre dos métodos y dos doctrinas, no puede resolverse á sacrifi-

car ni la una ni la otra; emplea toda su erudición y toda su dialéctica en armonizarlas. De los dos personajes que pone en escena, *la teología* llega ordinariamente la primera y expone la creencia de la iglesia. *La filosofía* escucha respetuosamente, admite el fondo del dogma y después presenta interpretaciones, modificaciones, restricciones y acomodamientos de toda especie. No quiere derrocar el Cristianismo, sino afirmarlo. Procura atenerlo á sus orígenes, volverlo á su sentido primitivo, llevarlo por su camino natural; es más cristiano que el Cristianismo. Opone al teólogo, no solamente los descubrimientos y espíritus modernos, sino las Escrituras y el antiguo espíritu.

Le obliga á abandonar el infierno y las penas eternas, no sólo en nombre de la justicia y de la humanidad, sino que también en nombre de los libros santos y de la primitiva Iglesia. Sostiene que ningún concilio ha hecho esto objeto de declaración formal; que si el de Trento pronunció la palabra fatal, fué incidentalmente y sin afirmación precisa; que la palabra *eterna* en hebreo no tiene un rigor matemático y sólo significa un *tiempo muy largo*; que además, muchos ejemplos nos autorizan á no interpretar la Escritura al pie de la letra, y por último, que si es necesario conformarse con el sentido literal se debe atener á las dos frases célebres del Evangelio, no á las «penas individuales que cesarán, sino á la institución del infierno, la cual durará siempre.»

Se ve que si M. Juan Reynaud contunde los dogmas es con mano delicada, que su más vivo deseo es

entenderse con la Iglesia y que si se inclina á la ciencia es con el fin de hacerla entrar en el Cristianismo. Se formará uno de él exacta idea concibiéndole como un contemporáneo de Santo Tomás que hubiera vivido cuarenta años en la Sorbona, imbuído y embutido en discusiones sobre la psicología y la jerarquía de los ángeles, sobre el origen del alma y la transmisión del pecado original, sobre la creación continua, y sobre el infierno. Este doctor escolástico se halla de un golpe transportado al siglo XIX. Lee á Rousseau, visita los laboratorios, estudia la geología y la astronomía y se halla muy preocupado. Sus ideas antiguas son góticas, sus ideas nuevas son heréticas. Ama á las unas tanto como á las otras y quiere conservarlas todas. ¿Cómo conseguirlo? Las fuerza á todas, pues estira su religión y contrae su filosofía, de modo que ésta pueda caber en la escena de aquélla; tiende una mano á San Agustín y otra á Herschel, los atrae, los pone frente á frente y les impone la concordia. Compone una filosofía para uso de la gente religiosa y una religión para uso de los filósofos. Quiere hacer filosófica la religión y hacer la filosofía, religiosa. Admite siempre el pecado original, pero entiende por tal pecado el triunfo original de los pensamientos brutales y egoístas. Conserva la redención, pero en un sentido espiritual, y considera á Cristo, no como á un Dios, sino como á un legislador sublime que ha restablecido al hombre en la esperanza y la virtud. Quiere creer en el cielo y el infierno; pero da este nombre á las condiciones sucesivas, más ó menos dichosas, que las almas hallarán en los diferentes planetas después

de la muerte... Acepta la resurrección de la carne; pero interpreta este dogma diciendo que las almas se infundirán en otro cuerpo, al separarse de aquellos en que respectivamente se hallan encarnadas. Todas estas interpretaciones testifican de sentimientos elevados é intenciones excelentes; mantiene el amor de Dios como una teología de la Edad Media y el amor de los hombres como una filosofía de los tiempos modernos. ¿Pero qué se debe opinar de tentativa semejante? Ataca una verdad conquistada mediante tres siglos de esfuerzos: la separación del método filosófico y del método teológico. Subvierte todo principio y toda creencia, aceptando principios y creencias que están en oposición necesaria. Deshace el pasado, compromete el porvenir, y merece ser refutada, tanto más francamente cuanto que ella no es la primera ni será la última, y señala una inconsecuencia habitual y natural del espíritu humano.

II

Comparemos, pues, la religión y la ciencia; busquemos el hecho primitivo sobre el cual cada una de ellas apoya su creencia; por qué cada una de las dos autoridades excluye á la otra; por qué cada uno de estos dos métodos excluye al otro; por qué cada tentativa que tienda á confundirlos es contraria lo mismo á la religión que á la ciencia.

¿Qué es una religión? Se sabrá esto, considerando las sectas que han nacido durante los siglos XVII y XVIII en Inglaterra, y que aumentan sin cesar en Amé-

rica. Estos países son laboratorios en los cuales se puede estudiar en grande, de cerca y todos los días la fermentación del espíritu. Una religión es una doctrina que establecen dos facultades: la inspiración y la fe. La inspiración la funda, y la fe la propaga. La inspiración suscita sus altares, y la fe le atrae los fieles.—Al comienzo aparecen hombres que manifiestan estar en comunicación con el mundo sobrenatural; ellos ven á Dios, penetran su naturaleza; una voz interior les dicta un símbolo nuevo, y he aquí que una metafísica y una moral completas, revestidas de imágenes sensibles, se levantan en su espíritu. Ellos suscitan el ascendiente invencible del Dios que les habla. Muestran á los hombres el cielo de donde han sido arrebatados. Repiten las palabras divinas que han oído, y de esta visión primitiva, publicada mediante una predicación entusiasta, testificada mediante sacrificios heroicos y confirmada por un género extraordinario de vida, nace la religión.—Los oyentes de ellos, dominados á su vez, aceptan la autoridad del profeta. No necesitan razonamientos para creerlos; la fe se impone á ellos, como la revelación se impuso á él. Ellos creen que el profeta ve el mundo sobrenatural, conoce y comunica con el profeta. Ven mediante él; leen en sus ojos, en sus acentos y en sus escritos, las visiones que le poseen. Es para ellos como un espejo en el cual ven el mundo sobrenatural reflejado; y cuando quieren expresar la fuerza nueva y todopoderosa que ha transformado sus creencias y conquistado su alma, sostienen que Dios se comunica con los hombres por dos caminos: que toca el cora-

zón de los fieles, y conduce su asentimiento; que este asentimiento y esta iluminación son poderes extraños y superiores al hombre; que la fe y la visión rechazan toda revisión humana y, escapando á la discusión, hacen callar las reclamaciones de las facultades inferiores, y reinan solas, divinas é indiscutibles, entre las contradicciones, dudas y debilidades de los demás.

Procurad oponer objeciones á una doctrina así formada; pedidla que haga concesiones en favor de los descubrimientos modernos, que se acomode con la experiencia y el razonamiento; se desenvuelva y deje su antigua forma inflexible, para abrir sus alas y lanzarse por sus nuevos caminos.

Tal consejo es contrario á su naturaleza. Aquellos que la representan no lo comprenderán ni os harán caso. ¿Qué podrá decir aquí la razón, vacilante é incierta, cuando es la revelación y la fe quienes hablan? La fe y la revelación le responden: «Yo veo á Dios; siento su voluntad y su verdad; él está presente aquí; ved el dogma de su Iglesia: creo y no discuto. Mi creencia viene de fuera y de más alto que la vuestra; no está sometida á vuestras reglas, no admite vuestra revisión, es independiente de vuestros métodos. Guardad vuestros lentos procedimientos, vuestras dudosas inducciones, vuestros silogismos sin fin; el conocimiento que yo tengo es directo, él alcanza su objeto sin intermediarios. Mientras que vosotros os apegáis á la tierra, yo llego del primer vuelo al seno de la verdad.»

También se corre siempre algún ridículo al discutir con un fiel.

El adversario usa del razonamiento y de la historia

contra una creencia que no se estableció ni por la historia ni por el razonamiento.

Las pruebas históricas que presenta, los testimonios y todos los signos exteriores de verdad, no son sino obras avanzadas que pierde ó conserva sin gran perjuicio. Se combate allí menos por interés que por encarnizamiento y espíritu de partido. Los soldados se dejan matar; pero los grandes generales estiman estos puestos por lo que ellos valen; saben que la suerte de la fortaleza no depende de ellos. Cuando Pascal, por ejemplo, consiente en descender al terreno de sus adversarios, no se siente jamás inquieto; siente que el dogma, tras él, se halla defendido por una barrera infranqueable. Sostiene que para la razón, la religión no es cierta, que muchas figuras del antiguo testamento están traídas «por los cabellos»; que si hay en las Escrituras con qué convencer á los fieles, hay también con qué cegar á los incrédulos; que es la gracia lo que da la fe, y que en definitiva el medio de suprimir las dudas no es examinar el sentido y la autenticidad de los textos, sino tomar agua bendita, ir á misa y doblegar la actividad. Supongamos que eruditos alemanes un poco aventurados (la cosa no es rara), trataran la Biblia como un libro indio; que le preguntaran la edad de sus diversas partes, el nombre de todos sus autores, la prueba detallada de su autoridad; y admitamos aún que para explicar las profecías, las leyendas y los milagros, tienen en cuenta el clima, el sol, la vecindad del desierto, la constitución nacional y la imaginación del pueblo. Imaginemos, en fin, que

aplican al libro todas las dudas de la crítica y de la lógica. Está claro que el libro tendría entonces la misma suerte de un libro indio ó persa. Nuestros razonadores juzgarían que ningún pueblo ha habido más propenso á la alucinación, de menos actitud para la ciencia, de más facilidad para exaltarse y creer, de menos disposición para razonar con exactitud y juzgar sanamente. Encontrarán que estos libros han sufrido tantas alteraciones y ofrecen tan pocas garantías, como los primeros poemas de Persia ó de Grecia. Explicarán la historia de los judíos y del Cristianismo de una manera tan plausible y mediante razonamientos tan naturales, como el desenvolvimiento del politeísmo y la historia del pueblo romano. Pero el bravo fiel los dejará hacer sonriente; sentirá piedad y desconfianza de la humana razón que entregada á sus propias fuerzas, así se aparta de la línea recta y cuando el otro acuerde, habrá huído cien mil leguas del cielo adentro.

Concebimos, pues, que los principios de creencia, de los que la religión hace uso, son facultades aparte; que éstas escapan á la acción y á los ataques de la razón, á la cual consideran con frecuencia como enemiga, siempre como subalterna, y que es traicionarles y condenarles, imponerles por guía á aquellos que consideran como adversarios y en servidumbre. Esta pretendida conciliación es una guerra declarada á la religión.

III

Esta conciliación pretendida es también una guerra

declarada á la razón, pues ¿qué caso hace la razón de las dos facultades y los dos procedimientos que fundan la religión? Habladle á un sabio de sumisión á la autoridad, de fe inmediata, de creencias sin pruebas, de asentimiento dado por el corazón; atacad su método y habréis trastornado su espíritu. Su primera regla en la indagación de la verdad es la de rechazar toda autoridad extraña y no rendirse sino á la evidencia personal, querer tocar y ver, no dar fe á los testimonios sino después de examinarlos, discutirlos y rectificarlos. Su mayor aversión se dirige contra las afirmaciones sin pruebas, á las cuales llama *prejuicios*; para la creencia inmediata, que él llama *credulidad*; para el asentimiento del corazón, que apellida él *debilidad* del espíritu. Le objetáis la fuerza irresistible de la fe, y os responde con un capítulo de Dugald Stewart, probando que la creencia es diferente del conocimiento, que la imaginación, el hábito y el entusiasmo bastan para fijar nuestro asentimiento; que la convicción es tanto más poderosa, cuanto menos legítima sea y que el error cuenta en su historia tantos mártires como la verdad. Le oponéis el ascendiente de la inspiración involuntaria y la lucidez de las revelaciones sobrenaturales y él, abriendo el libro de Esquirol, considerando la historia de Juana de Arco, de Mahoma y de los Puritanos, muestra que las visiones son el efecto de una irritación cerebral, y que basta una determinada poción para hacer un alucinado. Cree en la observación prudente y escéptica, en la inducción lenta, en la generalización circumspecta, en el silogismo exacto y las fórmulas

precisas, y vosotros venís á pedirle que sustituya sus métodos por los contrarios. Le imponéis la creencia sin pruebas, que él deja para el pueblo, y la visión estática, que deja él para los enfermos. Trastornáis su naturaleza, destruíis sus principios, hacéis más contra él de lo que hiciérais contra la religión. A un tiempo igualáis á la fe una facultad que la fe trata de subalterna, é igualáis á la razón una facultad que la razón estima perniciosa. Atacáis en su esencia la fe y la razón, y aún más la razón que la fe.

Si quiere uno figurarse las dos facultades y los dos métodos, debe representarse, de una parte á Pascal enfermo, con la carne mortificada por un cilicio, turbado el corazón con las angustias de su fe, viendo á cada instante los fuegos espantosos del infierno y el sacrificio sangriento de su divino Maestro, bañado en lágrimas, levantándose de noche para escribir con mano febril sus frases marcadas por una incomparable elocuencia, verdaderas voces de un corazón desesperado por la miseria humana; y un poco después, resarcido con dulzuras celestiales; de otra parte, hay que representarse á Laplace, tranquilamente sentado en su poltrona, remontándose con la ayuda del cálculo de las probabilidades hasta el origen del sistema solar, presentando su sistema del mundo á Napoleón, que se admira de no ver el nombre de Dios, y Laplace le responde «que él no tiene ninguna necesidad de tal hipótesis».

La religión y la filosofía son, pues, producidas por facultades que se excluyen recíprocamente y por métodos que recíprocamente se declaran impotentes.

Ninguna de ellas sufre la revisión ó admite la autoridad de su rival. Ninguna puede ni demandar ni hacer concesión alguna á la otra. Si la fe y la visión son dones de Dios, la razón no tiene derecho de reprimir sus entusiasmos y de corregir sus dogmas. Si la fe y la visión son gracias concedidas en favor de las almas elegidas, es porque las facultades naturales son incapaces para elevarse á revelaciones iguales. Si Dios se halla obligado á elevar las almas hasta él es porque las almas, abandonadas á sí mismas, son impotentes para elevarse hasta Dios. De que la fe y la visión sean legítimas, concedidas por Dios, concedidas por elección, se sigue necesariamente que son las únicas que tienen el privilegio de abrir al hombre las puertas del mundo superior, y que las otras facultades cometen una locura y una insolencia procurando entrar en una región de donde son excluidas. Si, por el contrario, el carácter de la verdad es ser acompañada de pruebas y apartada de opiniones preconcebidas; si para oirla es necesario imponer silencio al corazón, calmar su entusiasmo, ponerse friamente cara á cara con los hechos, desconfiar aun de sí mismos, no adelantar sino con persuaciones, asegurar todos los pasos, dudar á cada instante, comprobar cada observación y cada ley, entonces son la fe y la visión facultades peligrosas. Se deja de creer en ellas, porque se cree en la ciencia. Se las rechaza, porque es aceptada ésta. Hay, pues, que optar entre los dos principios de creencias. Son tan distintos que han necesitado para desenvolverse cerebros de especies distintas. «Los judíos demandan para creer,

milagros, y los griegos, razonamientos.» El pueblo judío ha producido la religión, y los griegos la ciencia. Ha habido necesidad de dos razas diferentes para desenvolver principios de creencia tan opuestos.

IV

¿Qué decir, por tanto, del sistema que procura reconciliarlos y confundirlos? Los dos se vuelven contra sistema semejante; parece impío á los cristianos y no parece razonable á los filósofos. No satisfará á nadie y descontentará á los dos partidos. No conseguirá tener aliados y se atraerá enemigos. Se hallará que ha falseado la religión y desnaturalizado la filosofía, y permanecerá aislado y sospechoso á todo el mundo, porque ha querido atraerse á todo el mundo.

Si tales son sus inconvenientes en la práctica, ¡cuánto más grandes no serán en la teoría! M. Juan Reynaud no tiene más que una razón en su favor y las tiene todas en contra. Todos los sostenes le faltan. Tiene necesidad de destruir los unos mediante los otros. Su sistema se sostiene en el aire, pronto á caer por todos lados. ¿Quiere apoyarse en la tradición y en la fe? Les quita la autoridad, pues que las corrige según los descubrimientos de la ciencia. ¿Quiere apoyarse en la razón y la experiencia? Les quita la autoridad, pues que admite, sin consultarlas, un dogma que ellas no han fundado. ¿Se atiene á la revelación? No, puesto que la subordina á la astronomía. ¿Se

atiene á la ciencia? No, puesto que no la emplea sino para modificar la revelación. Todo el poderío y todos los derechos de una doctrina la vienen de la facultad que la funda. Si aceptáis el dogma sin aceptar la facultad, la consecuencia sin el principio, ¿qué derecho ni qué poder tendrán vuestras doctrinas? Sólo os quedará una serie de consecuencias sin principio; de dogmas sin autoridad y de aserciones sin prueba. Habéis querido construir una religión y una filosofía, y habéis fabricado una novela.

Pongamos un ejemplo. Decid que las almas han vivido antes de su nacimiento en otros mundos, y que las faltas que allí han cometido constituyen el pecado original que traen al mundo. No—responde el cristiano—, la Iglesia rechaza esta doctrina. «No—dice el filósofo—, la psicología manifiesta que el alma es una fuerza inherente al cuerpo que anima, que se desenvuelve con él y no puede separarse de él para unirse á otro, como la vegetación no puede apartarse de una planta para unirse á otro vegetal próximo.» ¿Qué prueba aportáis? Textos interpretados por vosotros de otra manera que por la Iglesia y consiguientemente sin autoridad á los ojos de los fieles, pues que á los ojos de un fiel es la interpretación de la Iglesia quien les da autoridad. ¿Qué prueba filosófica aportáis? La suposición teológica de que nuestros vicios y nuestras miserias indican faltas anteriores y un castigo presente, hipótesis frágil á los ojos de un filósofo, resto de un método usado que él desdeña y no quiere ni combatir, porque lo ha rebatido ya veinte veces. Sois filósofos contra la teología, y teólogos

contra la filosofía y, en todo caso, teólogos y filósofos á contratiempo. Vuestros adversarios no tienen necesidad de refutaros; os refutáis vosotros mismos, y con esta necesidad de conciliación tan contraria á la revelación como á la ciencia, no podéis construir nada sin destruir al instante lo mismo que habéis construido.

M. Juan Reynaud no es hoy el único que acomete estas pacíficas é infructuosas tentativas. Muchos talentos y de primer orden procuran renovarlas con menos franqueza y más precaución que él. No se ven sino manos extendidas y proposiciones de alianza. Viejos enemigos, procuran olvidar lo que han querido y han hecho y les falta poco para abrazarse. Que los hombres se abracen está muy bien; que los espíritus nobles se unan en la apacible idea del infinito ó en la aspiración hacia el bien ideal, el poético y bello; pero no es lo mismo respecto á las teorías. Podemos y debemos todos vivir en paz y amistad en la sociedad civil, porque en ella tenemos todos interés en protegernos los unos á los otros. Separados en la especulación, nos reunimos en la práctica para defender nuestra libertad, nuestros bienes y nuestras vidas; un malhechor es tan enemigo de los cristianos como de los filósofos, y el cristiano y el filósofo pagarán con gusto al gobierno que les libre de ser asesinados ó robados. Pero la misma lógica que hace á los ciudadanos amigos, hace á las teorías enemigas é impide en la especulación las alianzas que impone en la práctica. La filosofía, que tiene por fin la verdad pura, lo mismo que el Estado tiene por objeto la salud pública, defiende sus principios de certeza, como el Es-

tado defiende sus principios de concordia. El Estado mantiene á todo precio la unión que lo funda; la filosofía impide asimismo las conciliaciones que la destruirían.

V

Importa, sin embargo, exponer abreviadamente la doctrina de M. Juan Reynaud y sus pruebas. Los teólogos darán sus opiniones sobre los argumentos teológicos; nosotros nos conformaremos con examinar solamente las pruebas filosóficas, y desearíamos por él que los textos que opone á la Iglesia fueran más concluyentes que los razonamientos que presenta á la razón. He aquí el compendio de su doctrina:—Nuestra alma ha vivido antes de su nacimiento en otros mundos.—En el nuestro encuentra una condición y una organización conforme á la conducta que ella ha observado en sus vidas anteriores.—Después de la muerte, pasa á otro astro, allí se encarna en un cuerpo y halla una felicidad ó una mala ventura en proporción á sus méritos ó á sus faltas.—El número de los astros es infinito y son eternos.—Dios crea de ellos á cada instante un número infinito; todos están poblados de seres inteligentes y sirven de habitaciones sucesivas á las almas.—Forman una serie de mundos cada vez más perfectos; el destino de cada alma es elevarse sin cesar de un mundo á otro superior y de informar allí un cuerpo más bello que aquel en que había encarnado antes, y hallar allí una felici-

dad mayor que la que ha dejado.—Las almas culpables descienden á los astros desgraciados; los dolores que ellas han de sufrir allí, corrigen poco á poco sus inclinaciones viciosas y las conducen á la virtud, por el arrepentimiento.—El universo es de este modo el teatro de una serie infinita de transmigraciones incesante, las cuales tienen todas por fin y por efecto el mejoramiento de los seres y manifiestan la justicia y la providencia de Dios.

Nadie negará que este sistema es muy bello y que se ha necesitado casi tanto talento para imaginarlo, como para construir un sistema épico. La cuestión es saber si está probado.

Desde luego teníamos el derecho de esperar que el autor comenzaría por rebatir las objeciones tan conocidas y tan contundentes que los fisiólogos y psicólogos pueden acumular contra él. Cuando se supone, como hace M. Reynaud, que el alma es creadora de su cuerpo, no se está excusado de refutar los hechos que prueban cuán dependiente es ésta de este cuerpo. Cuando se la hace viajar de un extremo al otro del cielo, hay que probar que ella puede separarse de su sistema nervioso y andar así cien millones de leguas. M. Reynaud pasa sobre las objeciones sin verlas y pone como primer principio las encarnaciones y las emigraciones que se trata de demostrar.

Por otra parte, carecemos de pruebas para poder admitir que los astros estén habitados. De éstos sólo hay dos que podemos observar: la Tierra y la Luna. Según toda verosimilitud, la Luna está desierta y es impropia para la vida, y si bien la Tierra está poblada

de seres inteligentes, es desde hace cien mil ó doscientos mil años; es decir, desde hace ciento ó doscientos minutos, pues muchedumbres aterradoras de siglos pasaron antes que el hombre apareciese en ella; una gran parte de su superficie es inhabitable; un levantamiento de montañas, como se han producido muchos, puede hacer que desaparezca mañana nuestra raza; parece que nosotros no somos sino un accidente momentáneo en su historia, y no tenemos otras inducciones para decidir sobre la población de los demás astros. M. Reynaud afirma sin dificultad que todos están habitados: se diría que ha regresado de ellos. Veamos su segundo principio, evidente por sí mismo, al menos tan evidente como el primero.

Supongamos, pues, que se admite el alma como capaz de emigración y los astros como poblados de almas inteligentes; á lo sumo, esto no son sino consecuencias lejanas, verosímiles y no ciertas, que se mantienen por el deseo y la esperanza, más bien que por la certidumbre y la prueba, que se adelanta al fin de una psicología y de una astronomía, como el coronamiento brillante del edificio. M. Juan Reynaud atraviesa todos los pisos del edificio, escala la más alta torre, sube á la última cima, y llegando á la extremidad de la flecha más aguda y más cimbreante, se dice: «He aquí el sitio conveniente para poner los fundamentos de mi edificación.» ¿Es acaso un principio de arquitectura edificar en el aire?

Examinemos ahora el punto principal del nuevo sistema, el de que nuestra alma ha vivido antes de

su nacimiento, y relacionemos los razonamientos que le sostienen, según M. Reynaud.

El primer argumento es este: «¿Qué diremos de tantas almas de las cuales la maldad natural se manifiesta desde la cuna? Las unas están embrutecidas, las otras son groseras y brutales. Antes que ningún acto de inteligencia se produzca por ellas, las líneas del rostro atestiguan ya que los peores instintos están presentes en ellas y no esperan sino el momento de revelarse para darse en continuidad. ¡Estas almas apenas han tomado posesión de la vida, hélas corrompidas ya! ¿Me obligaréis á pensar que han salido en un estado tan vicioso de las manos de Dios, del cual toda obra, antes de ser maleada, no puede ser sino perfectamente buena?

He aquí una segunda prueba: «Es imposible conciliar, sin nuestra hipótesis, la justicia de Dios con las enfermedades y los sufrimientos de los niños. ¡Qué! Antes que el alma que acaba de crear Dios, según afirmáis, haya dado signo de vida, ¿se decidirá su criador, por su plena autoridad, á unirla á un cuerpo donde ella no ha de encontrar sino dolores y anhelos? Es decir, en otros términos, ¡que apenas nacida, y por completo inocente, la envían, sin previo proceso, al suplicio! Esto podría ser respecto á un Moloch; pero respecto á Dios, permitidme que os diga que tal idea es una blasfemia.»

Un tercer argumento es que «muchos niños mueren al nacer; y sería contrario á la providencia de Dios haber creado exprofeso sus almas para esta vida, y al instante mismo de empezarla, quitárselas». «En fin; si

el alma no ha vivido antes de nacer, se seguirá que Dios la creó en circunstancias deshonrosas para él algunas veces, como, por ejemplo, en el momento de una violación ó de un adulterio. ¡Que tales son estos instantes por los que se obliga al Creador á salir de su sublime reposo! ¡La pasión más deshonesto ó la más criminal hallará así en él, cuando ella quiera, un cooperador fiel que se cuida de venir á coronar, por un infinito complemento, lo que ella le ha preparado tan miserablemente! No; yo no os concederé jamás que el milagro de la aparición de un alma nueva en el seno del Universo pueda tener lugar sobre un nacimiento de esta especie.»

¿No os parece que estamos en la vieja Sorbona? Toda esta discusión está sacada de los libros de San Agustín sobre la gracia. Del siglo XIX caemos de nuevo en los tiempos de Orígenes, ó al menos en el siglo de Santo Tomás. ¿No sentís en estas especies de argumentos un no sé qué de arcaico que empuja y obliga, no ya á refutar el libro, sino á cerrarle? Y añadid que el libro está lleno de ellos; que M. Juan Reynaud se transporta siempre, para razonar, al seno de la esencia divina; que de la infinitud y la justicia de Dios infiere la naturaleza del mundo, la historia de las almas y el sistema de sus emigraciones.—Dios es infinito, dice, pues hay una infinitud de almas y de mundos.—Dios debe siempre estar en acción para ser siempre semejante á sí mismo, pues crea desde la eternidad y creará siempre y á cada instante una infinitud de mundos.—Dios es bueno, pues propone, como destino á todas sus criaturas un perfecciona-

miento infinito.—Dios es justo, pues conduce cada alma después de la muerte á un mundo apropiado á sus méritos.—Dios crea los seres á su imagen, pues da á las almas una potencia bastante á formar y á gobernar el pueblo, análoga á la omnipotencia, mediante la cual El forma y organiza la materia, y otras mil consecuencias de estas especies.—¿Hasta cuándo habrá de ser utilizado este método? ¿No está ya demasiado condenado por la experiencia? ¿No se sabe que, según las manos que le usan, pueden producir todos los sistemas? ¿No se ha estimado todo lo que encierra de incertidumbre y temeridad? Definir á Dios como una figura de geometría, deducir de esta definición la regla de su actividad, conducirlo por la mano de la creación y al gobierno del mundo, revolverse contra los hechos cuando no se les encuentra conformes con la novela que uno se forja, inventar otros fuera de la vida, para paliar las objeciones que se acumulan, arreglar de todas las piezas el alma y la materia, gobernar y reformar el universo como si uno fuera, Dios en persona, ¿es acaso una empresa que haya debido renovarse en nuestros días? Aprovechémonos, pues, al menos de la experiencia y de las contradicciones de nuestros antecesores. Para algo hay una historia de la filosofía; nosotros lo que tenemos que hacer es abrir los ojos para ver sus locuras y para huir de los métodos que precipitaron á los hombres en el error.—Repasemos lo que ellos han hallado en este camino.—Dios es infinito—dicen los alejandrinos—, infinitamente superior, y no puede producir sino cosas análogas á su naturaleza; y concluyen que del Sér sim-

ple y uno, principio de todas las cosas, se deriva una serie de innovaciones de más en más compleja y de menos en menos pura, de las cuales las últimas son las almas infundidas en los cuerpos.—Dios es un calculador sublime—dice Leibnitz—, pues ha tenido que hacer el mundo, la más ingeniosa máquina posible; es decir, inventar la armonía preestablecida de los cuerpos y las almas y las combinaciones de las monadas.—Siendo Dios perfecto—dice Malebranche—quiere que su obra sea digna de El, y permite la libertad del hombre introducir en ella el pecado original, que ha provocado el sacrificio inestimable de Jesucristo.—Dios es bueno, dice cualquiera sistema nacido ayer, el de Fourier, por ejemplo; de donde deduce que los hombres se hallan destinados á la felicidad perfecta y que sólo tienen que hallar la forma de asociación conveniente y en seguida que lo consigan, la felicidad lloverá á torrentes sobre la tierra.—Dadme una opinión cualquiera y yo me encargo de justificarla por la naturaleza de Dios. Dad á Leibnitz la doctrina calvinista de la dominación eterna y casi universal, y él demostrará que tal doctrina concuerda lo más fácilmente del mundo con la providencia de Dios. Esta especie de teología es como un pozo sin fondo de donde se saca á voluntad la prueba de todos los sistemas posibles. Si se considera en Dios algún determinado atributo, se deducirá de él un determinado mundo; si otro atributo, otro mundo. Por poco que se haga inclinar la balanza del lado de la justicia ó del lado de la bondad, del lado de la inteligencia ó del lado del poder, todo se cambia. Se ha trocado el re-

sorte central y la inmensa máquina rueda á la derecha ó á la izquierda, sin que se la pueda retener. Dejad todo este método escolástico y fantástico y ateneos á los hechos, á la experiencia, á la certeza; no expongáis más la filosofía al desprecio de las ciencias. Para estimar la vuestra en su verdadera labor, no tenemos más que entrar en un laboratorio ó en un observatorio á aplicarla á la química ó á la astronomía y escuchad lo que un químico ó un astrónomo dirán de ella.

En efecto, puesto que os habéis servido de la sabiduría y omnipotencia de Dios para explicar la historia de las almas, os podéis servir también para explicar la historia de los cuerpos. Diréis con el mismo derecho y la misma certeza: Dios produce infinitamente; pues es contradecir su naturaleza admitir sesenta y cuatro cuerpos simples ó cualquiera otro número limitado de ellos. La química, ayudada por la teología, debe sentar en principio que el número de los cuerpos simples es infinito. Dios establece por todas partes el orden y la unidad, pues nosotros debemos reconocer que todos estos cuerpos son formas diferentes de una misma materia, lo mismo que las diversas fuerzas de la Naturaleza son efectos diferentes de una misma Providencia. Y otras veinte proposiciones semejantes. ¿Qué significan afirmaciones de tal índole en presencia de las retortas, los recipientes y las reacciones? ¿Y quién no ve que este lenguaje es el de un discípulo de Raimundo Lulio transportado entre los discípulos de Lavoisier?

Pues si este método no es razonable cuando se tra-

ta de conocer los cuerpos, ¿cómo ha de ser sensato cuando se trate de conocer las almas? ¿No tienen los dos casos, hechos que observar, dependencia que establecer y leyes que comprobar? ¿Tienen ninguno de los dos otra cosa que hacer? ¿Qué es, pues, nuestro autor, sino un discípulo de Santo Tomás, extraviado entre los de Condillac, Bichat y Dugald Stewart? Viene de otro mundo, y no tiene sitio en éste.

VI

No entramos sino con una gran repugnancia á tratar las cuestiones de teología ó de teodicea; nos parece que para ello nos falta base. M. Juan Reynaud se halla en ésta como en una casa que se hunde; nosotros no osamos entrar en ella para combatirle; nos retiramos, pues, y suplicamos á uno de los habitantes de la estancia, que tome nuestra representación y se encargue de hacer la refutación por nosotros. Malebranche, por ejemplo, lo hará gustoso y sin afección. Probará muy sólidamente á M. Juan Reynaud que el mundo no ha sido hecho para las criaturas y que, por consiguiente, ellas pueden ser desgraciadas ó malas, sin que se pueda por esto acusar á Dios de impotente, injusto ni malvado. Establecerá que «Dios no ha debido emprender la obra más perfecta que fuera posible, sino solamente la más perfecta que pueda ser producida por las vías más sabias y más divinas, de modo que otra obra producida por cualquier otro ca-

mino no puede manifestar más exactamente las perfecciones que Dios posee y se glorifica de poseer.» Y para manifestar estas perfecciones, Dios debe proceder según las leyes más generales y más simples posibles, y el cumplimiento de estas leyes puede acarrear la malaventura de los individuos. Es malo que una piedra me descalabre, que un cerebro mal formado haga estúpido á un niño, que una sangre demasiado viva desenvuelva en tal ó cual hombre inclinaciones perversas; pero el mundo con sus imperfecciones y con sus leyes generales, es más hermoso que el mundo sin las unas y sin las otras. Así, pues, no tenemos el derecho de acusar á Dios de imprevisor ó de injusto. No podemos deducir de nuestros vicios y nuestras miserias la preexistencia de una vida anterior; no nos lamentamos sino por ignorancia y arrogancia; Dios no nos debe nada y en cambio se lo debe todo. No es el hombre, sino Dios, quien constituye el centro y el fin del mundo, y el universo no ha sido hecho para nosotros, sino para Él.

Tal es la respuesta de los teólogos. Hablemos ahora mediante razonamientos vulgares, y apliquemos de más cerca y á otros seres los razonamientos del autor. «Entre los hombres—dice él—los unos tienen, desde que nacen, inclinaciones más malas que los otros; sufren dolores más grandes ó perecen en su primera infancia. Estas deformidades y estas miserias indican que ellos han vivido antes de su nacimiento y espían faltas pasadas.» Entonces el mismo argumento demuestra que los animales que nacen han vivido ya. ¿Por qué ciertas especies son inofensivas,

mientras que otras son sanguinarias? ¿Por qué muchas de estas especies son fatalmente condenadas á ser provecho y pasto de otras? ¿Por qué tal animal tiene la fuerza, la vigilancia, la agilidad, la inteligencia, cuando su vecino es débil, pesado, perezoso é idiota? ¿Por qué esta desigualdad primitiva en la repartición de los bienes y de los males? Si Dios es injusto creando un hombre esclavo y otro dueño, también lo será haciendo de este animal un carnero y de ese otro un león. Si un tonto se compara á un hombre de genio para deducir de su tontería que ha preexistido, comparando un buey al hombre, se puede inferir de su estupidez que ha existido antes de nacer. Si la muerte de un niño recién nacido prueba la preexistencia del alma humana, la destrucción de los huevos de un pescado prueba también la preexistencia del pescado. Un bacalao pone cuatro millones de huevos y sólo doscientos prosperan: luego todos los bacalao han vivido en otro mundo: luego las almas de los bacalao sufrirán transformaciones como las almas de los hombres. ¡Ellos han viajado, como nosotros, en el cielo y podrán, como nosotros, aparecer un día en la tierra!

Henos aquí en las doctrinas indias. ¿Y merecía la pena de llamar en su ayuda la astronomía, la geología, la química y todas las ciencias modernas, para recaer en la religión de los brahmanes?

M. Juan Reynaud quiere la igualdad, la concordia y la fraternidad; ¿sabe lo que vienen á ser en sistema? Un hombre que no cree en la vida interior puede tener piedad de un desgraciado imbécil, de un enfermo que

sufre, de un pobre que muere de hambre; encontrará en sí mismo algunas excusas para la maldad, que una inteligencia estrecha, pasiones furiosas y malos ejemplos habrán llorado hasta el crimen. Sabe que todos estos hombres son de la misma especie que él; que no son culpables de otros crímenes que de aquellos que han cometido en este mundo; que su conciencia ha nacido pura; que no tienen estigma original, y que desde que nace le amparan; pero ¿qué pensará el partidario del nuevo sistema? Este misero niño que se retuerce sobre la cuna, arrostra desde su nacimiento, por herencia, y para toda su vida, una enfermedad abominable, espía un crimen que él no ha cometido en su vida precedente; y puesto que Dios es justo y hace las condiciones adecuadas á las faltas, midamos la enormidad del crimen por la enormidad del castigo, y concluyamos que tenemos delante, por ejemplo, al autor de una negra traición, de un parricidio ó de una acción todavía más odiosa, si es posible; estaríamos prontos sin embargo á dar nuestro dinero y nuestras ciudades; nuestra compasión lo agotaría todo de una vez al contacto de la teoría, y dejaríamos pasar la justicia de Dios. ¿Qué idea vamos á tener en adelante de los hombres? Casi todos son desgraciados; todos sufren, todos tienen malas inclinaciones; entonces todos han cometido faltas y han faltado en grande para que la vida, tal como la sufrimos en el mundo, les haya sido infligida. Así, á todas las miserias y todas las manchas presentes, añadís la masa de la miseria y de las manchas pasadas. Hacéis á los desgraciados culpables, y os hacéis los culpables más culpables.

¿Qué espectáculo y qué cambio de aspecto va á presentar la tierra? Nosotros creíamos estar en un hospital de enfermos, en un asilo de pobres; M. Reynaud se aproxima y nos advierte que estamos en una prisión de forzados. ¿Qué razones opondrá entonces de ahora en adelante á los defensores de la esclavitud? Los dueños tienen sobre sus esclavos, no solamente los derechos de una raza de seres inteligentes sobre una raza de seres estúpidos, sino aun los derechos de una raza de justos sobre una de pecadores. Y al mismo tiempo que el sistema consagra la humillación de los unos, consagra también el orgullo de los otros. Los hombres de genio, los grandes artistas, los pensadores, pueden considerarse como de otra especie que la común de los hombres; ellos vienen de un mundo más puro; no han sido estrujados del mismo limón que nosotros; se hallan tan por encima de nosotros, como nosotros lo estamos de los brutos. M. Juan Reynaud hasta emplea en su asunto expresiones búdicas. Representa ciertos seres superiores «implorando como un favor la facultad de descender á las bajas sociedades, encarnar allí y confundirse», cual una especie de ángeles desterrados aquí abajo por su voluntad, para salvarnos ó al menos para instruirnos. Discípulos fervientes ó adversarios burlones, podrán sacar de esto extrañas consecuencias. Si el sistema es cierto, aquel que lo ha descubierto es el más sublime de los genios y el servidor más grande del género humano; pues si hay entre nosotros seres superiores revestidos de forma humana, el autor es uno de estos seres. Así, pues, ¡oh, Señor!, ¿sois un arcángel, ó un ángel al me-

nos? ¿Qué se dirá de una doctrina que conduce á su autor al cruel extremo de ser un Dios?

¿Debemos señalar todavía entre las pruebas del sistema la autoridad de Platón, de Pitágoras, de los brahmanes y particularmente de los druidas, grandes amigos del autor, que quiere revelarnos el espíritu galo? M. P. Leroux ha demostrado antes otra especie de renacimiento mediante los testimonios de Moisés, de Virgilio y de Apolonio de Tiana, y nosotros esperábamos que semejantes pruebas no se producirían más á la luz del día. Pues porque otras veces veinte mil salvajes cabelludos, barbudos y velludos, que vivían en los bosques y quemaban á los hombres, se entregasen á soñar viajes del alma, no creo que estemos obligados á imaginar una navegación de ésta á través de los cielos. ¡Vaya quienquiera á seguir al sagrado guía por el bosque de encinas! Teutates puede dormir tranquilo, nosotros no iremos á despertarle. Si tenemos respeto á las tradiciones vivientes, no se lo tenemos á las tradiciones muertas. Pensamos que las primeras y las segundas no tienen autoridad, sino según los poetas, y cuando queramos creer nos iremos á resucitar religiones.

VII

Llegamos por fin á la razón secreta, en ninguna parte confesada y en todas visible, que sostiene el sistema y le permite sostenerse sin pruebas, sin verosimilitud y á veces hasta sin buen sentido. El diá-

logo de los dos interlocutores se puede resumir así: «Mi novela—dice el teólogo—es lo más bello, lo más elevado y lo más grandioso.—No—responde el filósofo—, es la mía.—Os equivocáis: bien veis que en este punto y en este otro me acomodo mejor á los deseos y á la imaginación del hombre.—Espera— replica el filósofo—; yo tengo con qué vencer la dificultad. Escuchad este artículo y veréis que prometo al hombre más felicidad, que reconozco al universo más magnificencia que vos y que nadie ha concedido hasta aquí.—El paraíso eterno—dice el teólogo—es el más deseable de todos los bienes.—No—dice el filósofo—; no «el estado que se produciría si todos los extraviados llegaran unos tras otros á disgustarse del mal y á volver al bien; si el infierno se desocupara continuamente; si todos los sentidos, en la magnífica armonía de sus aspiraciones, se elevaran sin cesar, grado por grado de perfección cada vez más sublime; si todas las criaturas, en fin, consolidando progresivamente su unión mutua y con Dios, no formaran todas, reunidas por bajo de la majestad infinita, sino una misma unidad de adoradores, un tal estado sería evidentemente superior á ese paraíso estrecho, donde no hay lugar más que para una parte de la creación».—Mis ángeles no han pecado jamás— dice el teólogo.—Los habitantes de muchos de mis astros no han cometido falta original, y se han conservado puros de toda mancha—dice el filósofo.—Yo tengo miriadas de espíritus bienaventurados— dice el primero—distribuidos en nueve coros celestiales.—Y yo— responde el otro—tengo un número infinito de se-

res infinitos, de criaturas maravillosas, cuya perfección se aproxima sin cesar á la perfección de Dios.

En resumen, el sistema se reduce á esto:—Yo deseo el bien, pues lo tendré; mi ensueño es agradable, luego es verdad. Tal método no es nuevo; en él ha consistido siempre la fuerza de toda religión. «La luz es bella—decía un griego de los tiempos de Homero—; es agradable marchar en carro, llevar túnica de púrpura, comer el lomo succulento de las victimas, luchar sobre la hierba, escuchar los sonidos de la lira: pues yo gozaré de todos estos bienes en los Campos Eliseos.—Yo gusto de batirme—decía un escandinavo—, luego una vez en el Walhalla, nosotros beberemos desde la mañana á la tarde en grandes cuernos, y nos hallaremos en piezas destinadas á nuestra eterna permanencia.» El griego y el escandinavo repiten así el razonamiento de M. Juan Reynaud, y sus conclusiones son tan ciertas como las de éste.

¡Cosa increíble, y él la admite! Cada uno renacerá en un mundo siempre semejante al paraíso que él ha esperado. Provisto de sus miriadas de astros, el filósofo acude á todo. Los guerreros bárbaros irán á un mundo de batallas, los filósofos griegos á una estancia de conversaciones tranquilas. Los judíos carnales á un país de satisfacciones sexuales, y los cristianos de la Edad Media, á una tierra de contemplaciones místicas. Pero, Señor, en este punto inventáis muy poco. ¿Por qué os detenéis en tan buen camino? Fourier os tiende la mano y os da el ejemplo. El abogado altamente por vuestro principio; declara que todas las personas y todos los gustos deben y pueden obtener

satisfacción completa; una vez que el deseo y la imaginación son aceptados como la medida de lo posible y lo verdadero, su paraíso es el más consecuente y el mejor probado. En el paraíso que será la tierra transformada, los vinos, las legumbres, las invenciones culinarias alcanzarán una perfección inenarrable; grandes diputaciones de los principales Estados del Globo trabajarán y concurrirán juntas para mejorar los pastelitos, porque la pastelería es una de las felicidades de la boca. ¿Y por qué habría de privarse la boca de una de sus felicidades? Fourier llega hasta el último límite lógico, y aquellos que le siguen en su camino no tienen el derecho de volverse atrás ante ninguno de sus absurdos.

M. Juan Reynaud no es el único que se ha dejado llevar por este razonamiento tan extraño y por estas tendencias tan naturales. Nuestros grandes maestros, ya á sabiendas, ya sin darse cuenta de ello, han sido atacados y atigidos del mismo mal que él, que no es más que uno de los que veinte veces de su vida no han probado y sí han propagado su doctrina, diciendo á los demás hombres que es consoladora para el género humano. El primero y más contigioso de estos ejemplos los dió M. de Chateaubriand con su *Genio del Cristianismo*. Los apologistas precedentes hablaban á la razón y desmostraban su dogma mediante hechos y silogismos. M. Chateaubriand cambió de ruta y probó el Cristianismo por impulsos de sensibilidad y figuras poéticas. El efecto fué inmenso, y todo el mundo puso la mano sobre un arma tan bien inventada y tan poderosa. Cada doctrina

naciente créese obligada á establecer un origen, como una necesidad, que las circunstancias la reclamaban, que los hombres la deseaban y que viene á salvar al género humano. Ella se defenderá mediante argumentos de comisario de policía y de cartel, proclamando estar conforme con la moral y el orden público y que la necesidad de su advenimiento se sentía por todas partes. Se impone á la verdad la obligación de ser poéticas y no de ser verdad. Se respondería á los hechos evidentes con la mano sobre el corazón diciendo: «Mi corazón me impide creerlos.» Se considera la ciencia como un traje que se somete á prueba y que se devuelve si no conviene. Se demuestran doctrinas arcaicas mediante argumentos rebatidos, y se conquista la popularidad y el poder á expensa de la certeza y la verdad. Sentimos que monsieur Juan Reynaud sea el último defensor de este método, el cual confunde los géneros, y no hay peor confusión. Lo útil y lo bello no son la verdad; destruir los linderos que los separan, es destruir los fundamentos que los sostienen. Afirmar que una doctrina es cierta porque sea útil ó bella, es llevarla á estar entre los instrumentos de gobierno ó entre las invenciones de la poesía. Fundamentar una verdad en autoridades extrañas, es quitarle su autoridad. Estas pruebas, que además toma ella prestadas, son como soldados infieles que la rodean con bullicio y brillantez antes de la batalla, y que durante ésta desertan y entregan la verdad sin defensa á sus enemigos. Separemos, pues, la poesía de la ciencia y de la moral práctica, como la hemos separado de la religión; reserve-

mos á cada una sus pruebas, su autoridad y su método; guardemos á cada una su dominio, y sobre todo á la filosofía. Un filósofo no es un abastecedor del público, encargado de fabricar sistemas según el capricho de su país y de su siglo. Que pruebe, y su labor está hecha.

¡Tanto peor para la sensibilidad de los hombres si ella no sabe acomodarse á los hechos probados! La ciencia no debe plegarse á nuestros gustos; estos son los que deben plegarse á sus dogmas; ella es señora y no sierva; y si no es señora es entonces la más vil de las esclavas: parecerá que ella desmiente su naturaleza y degrada su dignidad. Los que hacen de ella un instrumento de alabanza, hacen de ella un instrumento de mentira, y no merece la pena de remar, el remar por tales medios. Ella no debe soñar con gobernar las multitudes que permanezcan en el retraimiento y no se ligue, sino á la verdad: la dominación vendrá para ella más tarde, ó no vendrá; pero no importa. Está á mil leguas por encima de la práctica y de la vida activa; ha llegado al fin y no tiene nada más que hacer ni que pretender que aprovecharse de la verdad.